

## UN PASEO POR LA UNIÓN CON ASENSIO SÁEZ

FULGENCIO SAURA MIRA

Académico Correspondiente

Hace poco nos ha abandonado un gran escritor y pintor, sobre todo un excelente amigo de cuya amistad me honro. Ya hace tiempo que nos conocíamos, posiblemente con motivo de unas publicaciones que hacía en el entonces Diario Línea, sobre la ciudad y sus pueblos y donde no podía faltar, claro está, el impacto que provocó en mi espíritu los molinos de viento del campo de Cartagena. Por aquellos años de la niñez, rondando los diez o doce años, el escritor de la Unión, Asensio Sáez estaba avezado en la creación literaria y pictórica, era un gran narrador de historias de todo tipo y se empeñaba en sazonar su alma con las visiones de su requerida ciudad portuaria y en especial en dar constancia de su amada Unión, con su misterio, ese don que mantiene incluso en la actualidad entre sus viejos edificios, sus tascas y la alusión constante a sus minas y sus hombres que han ido creando ese vértigo de quejidos que se hunden en el corazón.

En aquellos años de la niñez el escritor se acercaba a mi para animarme a seguir en la faena de buscar el duende de los pueblos de nuestra región, sobre todo a trazar en rasgos rápidos los encuadres de molinos y calles, paisajes y figuras huertanas, ello junto con la amistad a su vez de Alberto Colao, una figura señera en la cultura cartagenera, persona afecta y sensible a su tierra que un día pisara el mismo Cervantes.

Asensio Sáez era una gran persona, de un trato exquisito y pulido en ese ademán solitario al que le llevó su gran vocación por el arte de escribir y pintar, describiendo

escenas y forjando, desde su alma de poeta todo un cosmos de admirable resonancia estética. Porque dominaba la pluma como el pincel y sabía aglutinar los enfoques mirados y sentidos con la virtud de un mago excepcional capaz de hacer encantamientos con tan exiguos medios. Creo que está por escribirse la historia del pintor escritor o viceversa, que daría sin duda para mucho, de todas formas anoto que ya lo ha intentado mi amigo Pepe Belmonte en unos cuantos artículos escritos en el diario La Verdad, de esto hace ya unos años, pues sería interesante poner sobre el tapete la relación de lo literario y pictórico del creador que, en casos escuetos, se comporta como tal desde la esencia del yo íntimo que necesita expresarse de esta guisa. A veces se utiliza la palabra en razón de una necesidad deseada que delata un estado de ánimo, como se precisa del trazo preñado de energía plástica para confirmar un gesto que es monólogo, de tan intensa garantía como la voz. Para el poeta la palabra se hace pólvora de comunicación que estalla como un clamor, como un ritual del yo, sin necesitar nada más que la comprensión del lector, en tanto que con la pintura el escritor a su vez arraiga mas su tonalidad y confirma su lealtad a lo sentido en su profundidad. Por eso el escritor-pintor queda en su completitud, sin más empeño que su generosa entrega desde el ara de su creatividad. Lo contrario es no entender ese tanto por ciento en que consiste su labor. Asensio Sáez lo poseía todo: ese raudal de ingenio creativo que partía de su mente y se porfiaba en unas líneas expresivas que danzaban sobre el papel a modo de collage persuasivo y locuaz, pero que penetraba como un dardo en sus añadidos coloquiales y literarios. Bastaba tan solo con una frase y un dibujo para hablar lo que pensaba y escribir lo que sentía, sin más remilgos que él mismo, sin otra tortura que su estremecimiento. Era el maestro de la voz y de la línea entendida a la forma clásica y modernista, con alusiones a Ingres y Mondrián; en su enfoque se reencontraban los renacentistas y las vanguardias más desapacibles, aunque con su impronta de provocador de alucinaciones de su tierra. Un dato contenía el otro sin descaro ni revulsiva complacencia, sino con su remedo de añoranza un tanto proustiana.

No puede ser de otra forma en un hombre de sensibilidad tan acusada, de tanta prosapia y calidad que daría para un libro, como le gustaba al artista, compañero del alma, refugiado en la soledad de su vida, fundido en ese espacio urbano con olor a minería y a sierra en su descomposición de metástasis; con el que tantas veces he hablado y ponderado la belleza del campo cartagenero, con sus prados de lienzos enrojecidos, con la mar al fondo de los Nietos y los Urrutias sobre cuyas playas posaba su mirada de elocuencia y vitalidad, remedando enfoques de su más tierna edad sostenidos en su vejez aislada y contumaz, alejado del mundanal ruido y presintien-

do la eternidad en el silencio de su mesa de trabajo ubicada en una vivienda recoleta de su Unión, deseada en la nomenclatura de sus siglas, con los paneles de fondo de los molinos, con sus velas blancas como palomas altivas que merodeaban por sus fantasías, emulando a los maestros desde sus pedestales, como Carmen Conde y Antonio Oliver, ilustres de su tiempo y románticos de lo suyo, en la urdimbre de sus recodos enfebrecidos por la calentura del amor a lo que tuvo su enseña y ahora es alifafe menudo que decrece.

Por esto mismo, alentado por la oportunidad que me otorga la querida Academia alfonsina, amparadora de sus hijos predilectos, ensalzadora de sus actos y con el ánimo presto a evocar la figura del compañero escritor-pintor, me uno a cuantos se dan cita en el instante de homenajear al escritor, pintor, cronista y narrador Asensio Sáez, poniendo de manifiesto su bondad y anhelos por su patria chica, su empeño en colmar las apetencias de sus amigos, siendo confabulador de ilusiones y emprendedor de sanos proyectos literarios, como mago de la palabra que a veces era tan precisa y necesaria como una voz del evangelio. Y para ello nada mejor que acudir a la Unión para encontrarme otra vez con la figura del amigo pintor y dar unas vueltas por sus rincones, dejando que la mente apiñe sugerencias sin límite y trote la fantasía por las sierras germinales de los sueños de oro envueltos en ilusiones de viejos mineros que trazaron sus vidas en sus galerías apretadas y negras, abortados y rotos por la hiel de quienes en el siglo XIX provocan su decadencia. Será por supuesto un goce fundirme por el sesgo inaccesible de este pueblo auténticamente minero, enraizado en sus barrios de Herrerías y El Garbanzal: repertorio de cantes aguantados al socaire de las tabernas rancias y escualidas, metidas en sus zahúrdas pardas y roncacas como la voz gastada del minero, consumida en el acetileno de sus viejas lámparas. Pero eso sí, sintiendo la sombra del amigo, seguro de su presencia junto con la amistad y la admiración que estoy seguro recibirá allí donde se encuentre, en las alturas, donde las estrellas nos miran y dirigen para que seamos un poco más dichosos.

## **2. LA UNIÓN DE MINERÍA Y CANTE**

La mañana de enero se agita con su tono azul y la boria blanda que se expande sobre la playa de Portmán, el viejo Portus Magnus, como rocío que va limando los contornos, mientras en el puerto se dejan ver las barcazas de los pescadores sumisas y blancas, como las gaviotas que susurran al son del viento. Desde la altura se domina este paisaje de mar y barca, de espacio enroscado con la nube para entonar un himno al viejo marinero de muerte y arrecife. Es espléndida la mañana que me lleva

a estos espacios de mina y mar, de cansancio de la tierra con sus escorias antañonas y siluetas de castilletes desamparados que se hincan en sus refugios agoreros. Pero a la vez es asombroso el paisaje que me rodea con las casas de los pescadores pegadas a la playa de fango y hollín, ahora tan en ruinas, mientras en los barrios nuevos se instalan los chalets de la civilización urbana, equidistantes y monótonos. En la orilla de la calle se domina el templo de Santiago, con sus efigies de la Semana Santa que se procesionan en el Jueves Santo por la noche. Se va acercando el sonido del tambor y se enfilan por las calles la alegoría de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, una vez que ha pasado la Navidad, la que gustaba tanto pintar y escribir a Asensio, que se da cita conmigo en esta mañana de primavera anclada en un paisaje que tanto admiró, que tanto pintaba y sobre el que escribía a tono reservado y apasionadamente: en pequeñas dosis, pero recias y anheladas por la voz que se iba gastando quedamente.

Recuerdo que una vez me hablaba, desde este espacio de cantiles y mar infinita, de la necesidad de esquivar la mirada al mundo para mecerse en la niebla de los pescadores y fundirse con el más allá donde se instala Dios y sus privilegiados, porque no se puede ser agnóstico ante la belleza del infinito, ni enturbiar la mente con los razonamientos hueros. Se sentía hombre de bien y proclamaba a los cuatro vientos marinos la sonoridad de sus vivencias infantiles de la Navidad, con aquellas “llandas” de vuelta del horno, con el “amasijó de Pascua” y poco más, porque con el pincel ponía el diorama belenístico sobre el papel de su memoria. Pero conviviendo con estas iglesias de marineros viejos y minas recalcitrantes, Asensio se metía en la vivencia de la Pasión con los atavíos de la primavera zumbando como una mosca persistente; declamaba, en cada instante su verbo, desde la manera de decir y expresarse, sin limitación alguna, como si declamara su vivencia que se le metía en el alma y después se quedaba tranquilo. Gustaba de los colores de los nazarenos, del verde de la Samaritana, el morado de Nuestro Padre Jesús Nazareno, el negro de la Virgen de la Soledad y el blanco de San Juan: toda una paleta de fragmentos pasionales, como los tonos que le sirvieron para su Vía Crucis de la iglesia del Garbanzal, con azules de su mar amada y buscada. Pintaba las túnicas de los penitentes como el color de la ciruela morada, con los carburos encendidos de sus noches negras, impresionándose con la procesión del Sábado Santo, que le agradaba sobre todas, con la efigie de la Soledad de María. Sentía emoción ante la procesión de los mineros tallada a golpe de marro. Una noche asistí yo mismo a este desfile de silencio y tosquedad, de alma encendida y wagoneta ausente del minero, con las estrellas de fondo.

No puedo desgajar de mi estos sentimientos que me advierten de la mirada de Asensio Sáez, el amigo y escritor, el pintor de trazos esbeltos y briosos, con un tanto de ingenuidad y modernismo, como no cejo de amar esta tierra de avaricia y muerte. En el aire se anota una congoja de marinero que transita por sus calles, acaso de minero alicaído que justifica su paro en la bonanza del día, mientras contempla los desgarreros de hierro de la mina lavadero que amenaza con destruirse en su completitud.

Juan Sánchez, oriundo de Portmán, al que conocía el pintor, va descubriendo en su soledad y milicia la categoría de un ayer lejano, cuando con su padre Sánchez Andréo, aligeraban la barca para echar las redes de la pesca en “bonitolera”, “trasmayo” y “boquera”, para tornar a su casa con el barco lleno de pescado, aunque en ocasiones se las tuvieran que ver y desear para llevar un poco de pan a su familia, temblando de miedo por aquella zona donde arrecia el levante y el viento del sur pone a las ánimas benditas en el purgatorio, por la cercanía del Cabo Negro, donde se estrellaban los pescadores que tornaban de su trabajo. No es para menos que este pescador, que lo fuera y a la vez minero, se acoja en sus pensamientos con el recuerdo del escritor y pintor que estuviera, tan a menudo por estos pagos, buscando trovos para cantar y dejar constancia de la suerte de estos hombres robustos y sensibles, que huelen a pozo de galería y a mar de aire fresco.

Saliendo de la osadía de la mar y sus relajos se asiste a la geografía de la tierra antañona y robusta, escualida ya de tanto manoseo, dejando en su pasmosa osamenta la raíz de la mina que se hace fuste de añosas ilusiones quebradas por la enfermedad. Se siente por la sierra minera el desparpajo de sus ventrosas molicias sacudidas por el paso del tiempo, entre los caminos desolados de la maraña de matas que cobijan a los insectos ambulantes. Y de vez en vez se asoma sobre la loma bermellón, el castillete anímico que anuncia la mina, por los lados angulosos del terraje que deja amarillos y azules en su piel milenaria. Aparecen de esta guisa las minas de nombres consabidos, que antaño inundaban el espacio de mineros, hombres que aguantaban la desazón de cada día, muriendo en sus estancias de penitencia. Y ya abajo surge el pueblo de la Unión con su renovada cadencia de progreso.

Es mañana de mercado y la calle Mayor, de parpadeo festivo, tan soñada por el escritor, paseante de honor por su largura; está repleta de tenderetes que al alba disponen los tratantes desde hace años. Cada miércoles se adorna la calle con su colorido, abundando en sus espacios el jolgorio de atuendos desde el ropaje que en abundancia se extiende en sus espacios de lujo.

Al escritor le gustaba viajar por esta calle de atuendos y edificios modernistas, de cafés del canto y sacudidas festeras en tiempos de peregrinación añadida. Se quedaba el hombre, en sus mañanas domingueras, a sus anchas, mirando la casa del Piñón, con la cúpula blanca de Eiffel, el de la torre de Paris, tantas veces pintada en sus apuntes de trazos peculiares y rápidos, con sabor a río romántico de pinceladas de Monet. Este edificio era su favorito, con el Mercado y la iglesia de la Virgen del Rosario, que es más catedral que otra cosa, con sus estancias y capillas, la girola y sobre todo la Virgen que se desplaza a la calle en sus momentos festivos. Nada más ni menos, pues estas piezas de la arquitectura unionense las llevaba clavadas en el alma de poeta y pintor, le consumían instantes de reflexión en la síntesis de cada programa de fiestas, en cada palabra del pregón que pronunciaba sobre los peldaños de su imaginación. Le absorbía a Asensio Sáez estos empaques de recia armonía urbana. Singulares y medidos al contorno, reflejo de una existencia de bonanza económica, con aroma de pozo minero y carga de vagoneta sobre las entrañas del hombre: las mismas vagonetas o cunas que conviven con el Mercado, que para el escritor es el monumento oficial de La Unión, la esencia de su estirpe.

Este edificio monumento cumplió el pasado diciembre la edad de cien años y se ha festejado en su justa dimensión, sin el aliento de quien lo encumbrara a los costados del mundo. Templo del cante minero, osadía de la pasión por el quejío del hombre que se enroscó en la tierra donde nace y muere, como cuna y sepultura. Su espacio nos asombra por el radio de acción que grava el tono en el aire que se acoge y eleva desde la retícula de los arquitectos Beltrí y Pedro Cerdán, por cuyo espacio de aluminio y cristal trepan las fantasías del cantaor, soñándose a sí mismo. José Vidal García, que es un artesano de la Unión, contumaz y versado calderero, ha hecho una réplica de este edificio a escala 1.-33, o lo que es lo mismo: cada milímetro de aquel es treinta y tres veces más pequeño, pergeñando una auténtica obra de arte, utilizando los materiales de aluminio, chapa de la cúpula y el cristal de las vidrieras; más de mil ochocientos cristales, entre otras cosas, que forjan la estampa sonora del edificio, eje de la vida espiritual de la vieja villa.

La mañana de un enero de luz primaveral deja tildes de nostalgia en el alma de quien escribe, al sentir el aliento de un amigo culto y sensible que nos ha dejado. Sobre todo al sumergirnos por el entramado callejero de la Unión que era su vida y ocasión de goces infinitos, cuando administraba su tiempo en acuñar desde su retina espacios de color y voces; las de sus paisajes por la tierra desgastada de aquellos hombres mineros que, desde El Garbanzal o Herrerías, desde Roche o los Rizo, salían



Fulgencio Saura Mira: *El minero y su vagoneta en La Unión (Evocación de los años 1930)*

muy de mañana con el “ trapo” consigo hacia las alejadas minas, a trabajar, volviendo en la tarde a secas con su aliento:

Vengo de mi trabajo  
Con mi talego en la mano  
Y no tengo quien me diga  
Si vengo tarde o temprano.

Soledad del minero a sueldo con su comparsa: la muerte, que se ajusta al latido de su dolor, el de sus viudas e hijos que, tras el gesto de su padre, se olvidó de los carretes y poleas, de los malacates y marros para aguantar la vida en otro oficio, como el de molinero, más acorde con la existencia aunque no menos dura y trajinera. Dolor que se ajusta al rostro del Cristo que sale en la noche del Silencio, desde la iglesia de Santiago de Portmán, con su enseña y casta, delectándose en el andar de los penitentes el rictus de amargura de sus vecinos. Templo fundido en si mismo, mimado por la mujer costalera de sus semanas santas sensibles y profundas, con el mural soberbio de Paco Conesa que domina el Altar desde su eclosión de Cristo y mar, con las tristes almas del Purgatorio que se agitan en compulsiones dantescas, como los cuerpos maltrechos de los viejos mineros de la tierra ronca y penitente. Porque en el viejo y milenarío Portus Magnus se restriega la tragedia del hombre clavado en el pozo de la mina, como si fuera su cruz restauradora. Y en la carga de ese brote de mística del alma, se abren los vientos de la pasión del minero de la Unión, emplazado a sus lugares de encanto y desencanto. Desde El Garbanzal, Herrerías, Roche y Portmán, barrios señeros que han ido forjando el recio sonido de la Unión que, desde 1861 suena en unidad de yunque formidable que decanta la voz de su espíritu, templando las esencias del sacrificio de sus hijos. Siervos de la gleba, andadores de senderos de polvo y terrajes como pobres almas que se dirigen al patíbulo, hundiéndose en sus zahúrdas de miseria y dejando, en sus escuetas moradas la vejez de sus viudas vestidas de faldones negros que ocultan sus rostros, como vírgenes sintiendo los siete puñales en sus cuerpos fatigados y derrumbados.

Contraste de vida en aquellos años de sierras nevadas de plata y berlinas sacudiendo su drenaje en la calle Mayor de la Unión, con los destellantes giros en los aspavientos de riqueza de sus dueños, mientras el hombre desaseado, de trapo y marro, vivía maltrecho con su mujer e hijos en la aldea, con la jaca pegada al ventanal. Vida de contraste que deja la cuita en la voz negra de la garganta del hombre amparado por el tumbo de la galería interminable, camino de la muerte, haciendo trepidar la roca con el polvo hiriente que lo enferma. Y allí, en esas naves de soledad y vacío, de conjuro y cárcel, encuentra el duende sigiloso de su resurrección en la voz nueva que lo lleva al parnaso del cante, como lucero que muere con la mañana.

Nace el cantaor desde la simbiosis de los cafés cantantes y la soledad de polvo y ruina que nutre la entraña de la tierra de la Unión, como síntesis de un ayer lejano y un ahora presente. Gesto embrionario que se delata desde la cuna del minero sangrando su frente entre el material que proclama y es su mancha a la vez. En esta hondura de sentimientos se depura, en mística suprema, la voz gastada del hombre que se retuerce en giros de tarantas y cartageneras sobre el escenario de su detritus. Se impone al mundo en la ocasión del festival que proclama, a los cinco continentes, la esencia más nítida de sí mismo. Tierra y hombre conviven en la paz eterna de su delirio, entregando su razón de sacrificio en el ara del amor. Se consagra de esta cuita la gracia del latido del alma en la voz del hombre, que aquí es diversa, se hace fragmento de silencios eternos cuando exhala la plegaria al infinito.

Conocía Asensio Sáez este documental de tierra y hombre, de mina y molino, quien fuera su cronista, acaso el más depurado y fino; de mejor cuantía y pasión por lo aldeano, eso que forma parte de la mirada y el sentir. Voceaba las cosas de la Unión con la elemental prestancia de un hijo predilecto, sin el manierismo de los soberbios pero con el énfasis de la sencillez que es entrañable. Tenía en cuenta la lección del sabio que siempre aprende y al final todo es un comenzar, intuyendo la claridad de los momentos felices entre los suyos, conviviendo con el pasado y la razón de una tierra apacible, frenética y honda como el pozo de la mina, pleno de soledad y llanto.

Desde esa latitud de pluma y pincel el maestro cincela el alma de la tierra y de sus hijos, congelando el rostro del hombre que se arriesga, cada mañana, a bajar al pozo de su pesadilla, para beber la hiel de su sudor:

Cuando yo voy pozo abajo.  
y cuando voy pozo arriba...

Es la necesidad de vivir, cumplimentando de esta guisa su destino. Por eso la tierra deja el pasmo de su arte en la forma de decir y expresarse, como emanación de algo que es propio de su cadencia: el cante y el trovo.

### **3. LA UNIÓN YA NO ES LA UNIÓN**

Pasear y sentir junto a Asensio Sáez, el escritor de la tierra, cuyo rostro nos acoge quedamente, en el lugar de su nacimiento, es un goce que se hace testimonio de algo vivido, sentido, henchido de paz y de evocación. Nada hay de mejor factura como encontrar, a lo largo de nuestra existencia, la voz del amigo, esa cadencia que nos invita a la meditación, reteniendo la esencia de lo hallado anteriormente. Pues

como el viejo escritor que caminaba con Quevedo por Madrid, señalando hitos y recapitulando datos de otra época, anhelo suscitar este encuentro con el alma del pintor escritor que forjó, desde su retina, la más insita imagen de la Unión, con sus esquemas antañones, delimitando el contorno severo ahora y sin fuste de su estructura urbana, almacenando en su haber acopios que le han sido absorbidos a su auténtica historia, de tal modo, que se nota un nuevo desparpajo, con ausencias que declinan en su modo de ser y abrirse al forastero.

Conviene forjar un trayecto edilicio por la urbe para entonar el canto de la nostalgia y toparse con el vademecun de la nueva edificación: viviendas comunitarias que nada dicen y que ocupan barriadas enteras, entre calles desangeladas, aposentos que ocuparon parte de los significativos “cafés cantantes”, que en la calle Mayor se ubicaron con su prosapia desgarrada para dar tono al ocio mas sentido y necesario del minero. Hombre de necesidades y de penas que escurría el bulto en el juego de la baraja y el canto “jondo”, entre madrugadas de lunas marinas y el aliento carnal de la mujer “bailaora”. Pues de esto sabía mucho el escritor, para quien el café cantante ha sido la cátedra de la copla minera, variopinto escenario de trasnochados poetas vividores del placer y de la noche, entusiastas de la taranta y la cartagenera que vibraba en las luces bohemias de estos antros de la consumación de la voz en alientos de timbas descarnadas, de tanto calibre, que embebió al crápula y pulió al mas pintado en los devaneos de la farándula.

Se dice que por estos paisajes de licor y juego, de luces noctívagas y carne celestial de mujer, —como diría Rubén Darío,— anduvo el pintor cordobés Romero de Torres en busca de rostros femeninos con que alimentarse, para trasladarlos a sus lienzos de otoños sobre la carne temblorosa de la hembra bravía. Cotejó sus sueños de noches caminando por la Unión, cantando, y no muy bien, tarantos y cartageneras, aunque mejor le iban las siguiriyas. Pero el artista se extraviaba y daba, en la madrugada, con el minero cantaor que enturbiaba su voz entre el licor y el humo del tabaco, antes de que la benemérita diera con los dueños de tales establecimientos, que en la última década del XIX pusieron el tono y timbre en la odisea del cante cartagenero.

Y muy orgulloso que estaba Asensio Sáez con tales refugios, como posadas del alma en el camino de la prosapia del cante jondo, hilvanado con guitarras lucidas por los artesanos del Garbanzal y tocadas por andaluces retorcidos y amargados que, en esta tierra de luto se quedaron, abundaron en sus matices y programaron la revolución de la amargura que se hace ver en los rincones de la vida. Hurgó el artista por esta geografía de la voz gastada y el taconeo de mujer, señalando nombres y dando versiones de sus giros y poses, dejando historias crueles y sensibles como la del legen-

dario “ Tío Lobo” de Portmán, erudito en calaveradas ramplonas y fundidor de las esperanzas de la familia minera al final de sus días. Pero en todo caso estos espacios de color y soliloquios de drama, llevaron la sal y el sudor a la agitación del espíritu, quitando el “ sentío” a los gustadores del cante que año tras año se dan cita en el festival del cante de la Unión. Pues sus razones tendrían aquellas chanzas de noche y alba: relatos del delirio que se empecina en medrar entre lo oculto, rasgando las hebras del sentimiento puro y duro, como la misma muerte que se aproxima a los días y enlaza con el tiempo.

Asensio Sáez degustó, en su trayecto intenso por la villa, la delicia y el verbo de sus luces y sombras, con el desparpajo del escritor y pintor capaz de intuir y expresar lo vivido. Lo hizo, seguro, como nadie, al igual que era excelente conversador, pues de ello doy testimonio en charlas supremas con Alberto Colao y quien escribe, por la calle Mayor cartagenera, hace ya muchos años, cuando la juventud aventaba la fantasía con ecos de incalculable premura, teniendo de fondo la mar de caracolas ausentes y barcas relatoras de cuentos de viejos pescadores. Presentía el hombre el ansia de colocar la frase en su sitio, en la nueva narración confortadora, con el solo rito de su degustación formalizada en el párrafo apasionado. Eso sí, viajando por su espacio de la Unión con sus quejas y lacias terreras consumadas en el obrador de su muestrario, con la dejadez de ese paso del tiempo que todo lo arrumba, hasta la cumbre del olvido, con la cruz desgajada de la impudicia. Era terco consigo mismo y se reía de la vida como comediante de farsa que sabe que todo pasa y nada dura, que se para la máquina de pronto como lo hicieron los molinos de viento, gigantes del paisaje, los malacates y carretes de la mina fabulosa. Que de tal guisa dejaron de latir los fieros corazones de aquellos artefactos, estrujadores de la piedra milenaria: focos de veneras colosales que llevaron la riqueza a la región murciana en la mitad del siglo XIX, con el formato de las mas señeras compañías con su lastre de empaque y rigor modernista, en un espacio de más de tres mil quinientas minas, que las hay entre Cartagena y la Unión; zonas de tristeza y llanto ahora, recuelo de escoria y matorral, laberinto de tierra consumida que hasta fatiga la mirada.

Vuelvo ahora sobre las pasadas vistas de los cantiles de alumbre y bermellón para alimentar el recuerdo con gestos de ternura, mientras el Cabezo Rajao se embriaga, al fondo, con grises opacos en la atardecida y se destacan sobre su cima los castilletes que se asoman tenuemente. Farallón de vieja mitología que nos llevaría, si quisiéramos, hasta Estrabón y Plinio, cita de misereres antañones y enfermos aprisionados en su trabajo, como lutos de su muerte. Cabezo de lienzos zurcidos con la sangre del trabajador, trovador de su tiempo y vida, remendando faenas de su trajín de

pesadilla. Me asombro del límite de esta geografía de lunares mordidos por la muerte como refugios de sonadas quimeras de hecatombe. Pero todavía presiento el latido de la voz del hombre que es menudencia y víscera de sangre derramada. Todo este terraje de hombría huele a humanidad desamparada, enloquecida por la ilusa falsedad del agobio y la necesidad, secundada por la arrogancia de la diosa Fortuna que tuvo sus empaques y lustros decisivos, como escenarios lustrosos de alivio comunitario, dispuestos a empavesar al más avisado.

Los hombres de Alumbres, de Herrerías y El Garbanzal, de los Rizo y el Llano del Beal saben de aquellas bonanzas, de los llantos nocturnos por el minero muerto de silicosis, de quienes tornaban de la mina Cierva, de la de Lo Veremos, de la mina Blanca, agrupados en torno a sus sombras; conocen la osadía de sus familias por seguir adelante y continuar ciegos con el polvo de las terreras:

Me dejó medio cegato..  
El polvo de las terreras..

Y a pesar de todo formaron sendas para cumplir con su trabajo.

Acoplaron voz a los trovos de los poetas que acabaron sus vidas en el silencio de alcoba y la fotografía del hijo que se había ganado el pan nuevo cantando en el desgarró de la noche, como lo hicieron el trovero Marín, Angel Roca, Diego Castejón, rumiando la saliva de su garganta. Como lo hizo en señal de garbo y acústica Antonio Piñero, campeón que fuera del primer festival del cante de la Unión.

Porque en realidad todo este paisaje de miseria y llanto, de urbanizaciones y viejos horizontes perdidos, declama su silencio y soledad desde la voz conturbada del artista enardecido. Este ámbito que escribió páginas de esperanza y terquedad, roza la sin razón de una novela épica de hombres buscadores del oro, empedernidamente toscos y burladores de la Parca. Se nota en el hondón de su piel, que es pedernal de ilusiones antañonas, como esa huella rotunda y derramada de los milenarios escoriales que son ahora destrozos de sus vientres doloridos, mogotes sacudidos de esta tierra que expele sus últimos suspiros. Y en su haber, sin embargo se agarra la savia de la peregrinación de los hombres que vivieron su drama sobre su piel, enmarcando escenas de amor y muerte, a los que nadie les escribió, quien tuvo la oportunidad de hacerlo, porque eran tan miserables como el tiempo que todo lo apaga. Por estos lares se arrugaron los árboles de la primavera y las viudas velaron los cadáveres de sus hombres. Se tumbaron hacia sus cuerpos, como dolorosas sobre las llagas de sus corazonas y se vistieron de luto, como lo hace ahora la llanura, con sus faldones de negra noche que enciende velas al Cristo de los Mineros, en el tiempo del dolor supremo.

No, ya no es la Unión lo que era, ni el paisaje, ni siquiera la vecindad arropada por el delirio de los días de fábula y debacle. La Unión es ahora como un corral sin gallinas, sin sus hombres que forzaban las horas en calmar sus ansias de pasión por la vida bajo el arco de sombras de infierno. Se prepararon bien para el estallido de la fiebre del alma y toparon con la frialdad de los suspiros de eternidad. Ya lo decía el poeta tiempo atrás, con la médula encogida por la voracidad de sus hambres pasadas. Me lo dijo en una ocasión Asensio Sáez, caminando por los ángulos del Carmolí, donde solía mirar las siluetas de los molinos de viento:

Como corral sin gallinas  
se va quedando la Unión  
unos que matan las minas  
otros que se lleva Dios....

Desde luego la Unión ya no es lo mismo sin el amigo fiel a si mismo y a su tierra de fuego y sol, de cantiles y terreras como fragmentos briosos que se funden en la soledad del lienzo que pintaba y escribía el artista, con la vocación de eremita alejado de las pompas de la vida. Tan solo una vista y un paisaje tocaba cada mañana con la retina de niño, sin despilfarrar ni un ápice de sensaciones vivencias tranquilas. Después iba acuñando la palabra sobre el folio tenso de vacíos y colores.

Asensio Sáez comulgaba sus días con el pueblo que le dio la vida, soñándolo, cargándose de su latido y trepando por los solares de sus pasadas crónicas que iluminaron su rostro.

Cronista de la Unión, en franca nupcias con el corazón trepidante de esta tierra, el pintor escritor lo tuvo todo en este palacio de la vida, con el mar de fondo y el castillete y el molino en cercanía, como episodios de soledad entregada en clamores de entusiasmo.

Te recuerdo amigo, allí, en tus paredes de pintura y libros, con la garganta templando cantos de amargura. Mirando a tu Cristo roto por el desencanto del mundo. Te buscaba a veces por el contorno de la sierra de ocre y negros, por los rincones de las torres molineras, tan turbias y apagadas. Te veía firme en tus paseos por esquinas y plazas de la Unión, donde he ido a buscarte ahora que nos has dejado y no he podido ver los nuevos trazos pictóricos que decías tenías sobre tu mesa de trabajo. Nadie se atrevió a exponerlos en la gran exposición que se tenía que haber realizado, como pensamos aquella tarde de lluvia que dejaba charcos blancos sobre la calle Mayor, tan querida por ti y triste ahora por tu ausencia.

Gracias amigo por haberme acompañado en este día que sabe a primavera y a mar, a evocación de muchas cosas que tú fundías entre líneas y dibujos en la nueva antología de la Unión que se fue contigo.